

La cueva mortuoria subterránea como metáfora del vientre materno y el camino al lugar de los ancestros

Leticia González Arratia

Museo Regional de La Laguna-INAH

Resumen: Las cuevas de las sierras calizas del desierto del norte de México se dividen, para el presente trabajo, en dos tipos: las que aparecen con su entrada y recinto frontal y visible y aquellas cuya entrada se abre en el piso —como una especie de tiro de chimenea— y termina en una cámara subterránea. En la época prehispánica ambos tipos fueron utilizados como cementerio; sin embargo, nunca se había hecho hincapié en la importancia de diferenciar entre cuevas abiertas (o frontales) y cuevas subterráneas para explicar el ritual mortuorio de los antiguos habitantes de la región. Aquí se pretende mostrar que la cueva subterránea fue elegida como cementerio de manera premeditada, al ser entendida como una metáfora del vientre materno por su ubicación en el interior de un cerro, por su forma, por la oscuridad típica de sus cámaras, por la cercanía al agua interior y por un ambiente húmedo.

Palabras clave: cueva, ritual mortuorio, bulto mortuorio, vientre materno, metáfora, corrientes de agua subterránea.

Abstract: Caves in the limestone mountain ranges in the desert of Northern Mexico can be divided for the purpose of this work into two types: those with a frontal entrance and chamber on the surface, and those with a hole in the ground followed by a vertical tunnel—a sort of a chimney shaft—ending in an underground chamber. In the pre-Hispanic past both types of caves were used as cemeteries, but no one to date has emphasized the importance of differentiating between open (or frontal) caves and underground caves to explain the mortuary rituals of the region's ancient inhabitants. This article presents evidence that subterranean caves were deliberately chosen because they were understood as a metaphor of the maternal womb due to their location inside the mountain, their shape, the darkness typical of their chambers, their proximity to underground water, and as a moist environment.

Keywords: Arid Northern Mexico, La Laguna region, cave, mortuary ritual, mortuary bundle, maternal womb, metaphor, underground water currents.

Las cuevas y abrigos son un elemento abundante en la geomorfología del desierto de Chihuahua: la constitución de las sierras de rocas calizas de la zona permite la fácil disolución de la roca y la formación de oquedades grandes y pequeñas; por tanto, allí se encuentra la mayoría de éstas. Para el caso del presente trabajo establezco la siguiente diferencia: 1) cuevas y abrigos que aparecen de frente en laderas y cimas de los cerros y pueden observarse a la distancia, y 2) cuevas subterráneas, localizadas en el interior del cerro y cuya entrada es una abertura en el suelo, por lo que para encontrar ésta es necesario realizar una minuciosa prospección en sus laderas y cima. Ambos tipos de cuevas fueron seleccionados por los antiguos habitantes prehispánicos de este desierto para depositar a sus muertos, pero aquí me refiero únicamente a las subterráneas, y en particular a las localizadas en la Comarca Lagunera, ubicada en el suroeste de Coahuila. Se trata de cinco cuevas mortuorias: tres de ellas fueron reportadas y saqueadas desde el siglo XIX y, si bien desconocemos su ubicación exacta, sí contamos con datos sobre sus características morfológicas y su contenido gracias a

diferentes documentos que las mencionan. Las otras dos fueron localizadas y trabajadas profesionalmente a mediados del siglo XX. Tanto los testimonios del siglo XIX como los informes de los arqueólogos del siglo XX coinciden en señalar que en las cámaras subterráneas se depositaron un buen número de cadáveres, cuya principal característica era su posición flexionada; además se encontraban envueltos en un manto tejido y amarrados en forma de bulto, el “bulto mortuorio”, como se les ha denominado en la literatura arqueológica.

En este trabajo propongo la hipótesis de que los habitantes prehispánicos de la región eligieron de forma deliberada las cuevas subterráneas porque sus características geomorfológicas satisfacían determinadas creencias religiosas relacionadas con su cosmología y el ritual mortuorio; una de ellas podría ser que el individuo muerto debía incorporarse al punto donde se encontraban sus ancestros, y lograrlo conllevaría un protocolo que incluiría el regreso al punto inicial de su historia en la tierra, o sea, el vientre materno, lugar acuoso por excelencia que mantendría un paralelismo morfológico con la cámara

subterránea. Se propone entonces que, a partir de ahí, podría emprender su viaje en búsqueda del río subterráneo que lo llevaría a la morada de los espíritus de sus antepasados, es decir, el lugar de los muertos.

Considero que la forma de la cueva mortuoria subterránea que presenta un orificio de entrada al que le sigue una especie de túnel o tiro vertical y en su parte terminal se convierte en una o varias cámaras, se acercaría a la representación de la anatomía del vientre materno, mientras la posición flexionada del cadáver podría representar al feto. Al respecto, Linda Manzanilla hace notar que “muchos pueblos han equiparado los huecos en la corteza terrestre con la matriz femenina donde se gestan los nuevos seres” (Manzanilla, 1997: párr. 1).

Ya se mencionó que la cueva subterránea podría anticipar la presencia de ríos subterráneos cercanos a la cámara donde se depositaron los cadáveres, facilitando el encuentro del espíritu con el camino por donde hallaría a sus ancestros, pues ha sido una creencia generalizada en las sociedades prehispánicas de México que el interior de la tierra albergaba el inframundo y era el lugar de donde “sus antepasados habían surgido” (Manzanilla, 1997: párr. 13).

Las connotaciones de la dinámica cosmológica que se generaba en los espacios dentro de la tierra fueron múltiples, y uno de los escenarios favoritos donde ocurrieron los eventos fundamentales para la continuación de la vida humana fue “el mundo subterráneo [...] escenario de tránsito del sol muerto, oscuro, de occidente a oriente, con el fin de brillar de nuevo. Así, vida y muerte se articulan en los espacios del inframundo” (Manzanilla, 1997: párr. 13).

Las cuevas mortuorias subterráneas arqueológicas en la Comarca Lagunera

La primera cueva en la que se descubrieron bultos mortuorios en la Comarca Lagunera se localiza en el extremo suroeste de Coahuila. Fue reportada en 1838, por el sabio duranguense don Fernando Ramírez, quien escribió a Carlos María Bustamante para darle a conocer los materiales arqueológicos encontrados. Ramírez informa que se ubica en la sierra Mojada (Ramírez, 1903 [1838]: 459-461) y su descripción proporciona algunos indicios a partir de los cuales se infiere que se trata de una cueva subterránea. Las características así como la descripción de los bultos mortuorios y los artefactos asociados son semejantes a los que otros exploradores reportarían más tarde en cuevas distintas (Ávila, *ca.* 1845; Palmer, 1882; Aveleyra *et al.*, 1956 y Johnson, 1977).

La mencionada carta señala:

Caminando un hacendado [...] por las inmediaciones del Bolsón de Mapimí [...] se encontró con una caverna en que penetró. Allí dice haber visto colocados simétricamente, y en grupos, cerca de mil cadáveres envueltos en tilmas y fajados con bandas: dice también que parece se guardó en la colocación de aquéllos el orden de familias, pues en los diversos grupos había cuerpos grandes, más pequeños y otros al parecer de niños: todos conservan la posición de un hombre que se sienta en el suelo con las manos hacia las rodillas, manteniendo éstas a la altura del pecho (Ramírez, 1903 [1838]).

Varios años después, hacia 1845, José Ma. Ávila, administrador de la hacienda de Hornos, en Viesca, Coahuila, visitó una cueva subterránea en la sierra de San Lorenzo —cercana al caserío del rancho El Coyote, propiedad de la mencionada hacienda y en las inmediaciones del Bolsón de Mapimí— a la que denominó “la cueva de los Sepulcros”, en clara referencia a la presencia de cadáveres prehispánicos ahí depositados. Los describe como flexionados y envueltos en mantos tejidos, decorados y amarrados con cordones. Visualmente parecían un bulto (Ávila, 1845: 6).

Hacia 1880, Edward Palmer llegó a La Laguna, como enviado del Museo Peabody de la Universidad de Harvard, con el objetivo de encontrar una serie de cuevas mortuorias subterráneas de las que se tenía referencia por la obra de Hubert Bancroft, la cual salió de la imprenta en 1875, y en la que se mencionada la presencia de ese tipo de cuevas en la región. En su búsqueda, Palmer exploró la sierra de San Lorenzo —al igual que Ávila 35 años antes— y visitó dos cuevas: la cueva de San Lorenzo, que encontró totalmente saqueada, y la cueva del Coyote (González Arratia, 2006: 29); para entonces en ésa ya sólo quedaban seis bultos cerrados, mismos que se llevó y eventualmente depositó en el Museo Peabody (González Arratia, 2006: 43)

Luego de setenta años, en 1953 se reportó el hallazgo casual de otra cueva mortuoria subterránea que resguardaba un gran número de cadáveres (figura 1). Se trata de la cueva de la Candelaria, en el municipio de San Pedro, Coahuila (Martínez del Río, 1953a; Romano, 1953). La Dirección de Prehistoria del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) recibió noticias del descubrimiento y atendió la denuncia, constituyendo así el primer proyecto arqueológico profesional desarrollado en Coahuila. Se realizaron tres temporadas de campo: la primera en marzo de 1953, la segunda en septiembre del mismo año y la tercera en abril de 1954 (Martínez del Río, 1956: 13-14).

En la primera, el equipo de trabajo estuvo integrado por el pasante de antropología física Arturo Romano, el entonces estudiante de arqueología Francisco

Año de descubrimiento y nombre de la cueva	Ubicación	Testimonio
1830	Sierra Mojada	José Fernando Ramírez
1845 (ca.) Lugar de los Sepulcros	Sierra de San Lorenzo	José Ma. Avila
1880 Cueva de El Coyote	Sierra de San Lorenzo	Edward Palmer
1950	Sierra de la Paila	A. R. V. Arellano y Carl Sauer
1953 Cueva de la Candelaria	Sierra de la Candelaria	Luis Aveleyra Arroyo de Anda
1954 Cueva de la Paila	Sierra de la Paila	Luis Aveleyra Arroyo de Anda

Fig. 1 Relación de las cuevas mortuorias subterráneas en la Comarca Lagunera, Coahuila, reportadas entre el siglo XIX y XX.

González Rul, el geólogo Manuel Maldonado-Koerdel, así como por don Pablo Martínez del Río, teórico de la prehistoria. Encontraron la cueva muy saqueada, pero conservaba aún una gran cantidad de cuerpos; todos se encontraban en posición flexionada, envueltos en un manto tejido y amarrados. En las dos últimas temporadas participó también el arqueólogo Luis Aveleyra Arroyo de Anda (Martínez del Río, 1956). En la temporada 1954, este mismo equipo visitó, además, la cueva subterránea conocida como la Paila (Aveleyra *et al.*, 1956: 168), localizada, aproximadamente, a 60 km al oriente de la Candelaria. La encontraron totalmente saqueada, aunque conservaba algunos cuantos artefactos dispersos en su interior. La Paila cueva había sido reportada desde 1950 por el ingeniero A. R. V. Arellano, del Instituto de Geología de la UNAM, quien acompañó a Carl Sauer, de la Universidad de Berkeley, en sus recorridos por el área en julio de aquel año, y vecinos del lugar los habían llevado a ese sitio. Sobre este particular, Arellano elaboró un informe para el INAH, en el que da cuenta de sus actividades, calculando que debieron de haber sido inhumados ahí 20 individuos. Aveleyra, quien estaba al tanto de la incursión de los mencionados geólogos en Coahuila, localizó los materiales arqueológicos provenientes de esa expedición en las bodegas del Museo Nacional de Antropología antes de iniciar la temporada de 1954, encontrando semejanzas con los materiales de la Candelaria, por lo que decidió registrarla formalmente.

Cronología

Ya desde 1956 Luis Aveleyra propuso una cronología relativa tanto para la cueva de la Candelaria como para la Paila, sugerida por el análisis tipológico de las puntas de proyectil y otros artefactos ahí encontrados como sigue: la Candelaria entre 1000 y 1600 d. C.

y la Paila entre 1000 y 1300 d. C. Además, en 1954, Luis Aveleyra envió para su fechamiento al laboratorio de radiocarbono de la Universidad de Texas, en Austin, un pedazo de hueso humano y un fragmento de textil procedentes de la Candelaria. Los resultados los recibió hasta 1964 (Aveleyra, 1964: 129) como sigue: 1205 d. C. para la Candelaria y 1030-1156 d. C. para la Paila (figura 2).

Cueva de la Candelaria	977 - 1044 d. C. AMS
Cueva del Coyote	1010 - 1220 d. C. AMS
Cueva de la Candelaria	1030/1155 d. C. AMS
Cueva de la Paila	1030/1156 d. C. AMS
Cueva de la Candelaria	1205 d. C. C-14
La Paila por tipología.	Entre 1000 y 1300 d. C.
La Candelaria por tipología	Entre 1000 y 1600 d. C.

Fig. 2 Fechamientos de las cuevas mortuorias subterráneas de la Comarca Lagunera, obtenidos por tipología y por C-14 ordenados por su antigüedad.

Por mi parte, en 1998 envié a fechar, con la técnica de espectrometría de masas con aceleradores (AMS, por sus siglas en inglés), un pequeño fragmento de calabazo que formaba parte de los objetos asociados a los bultos mortuorios que Palmer obtuvo de la cueva del Coyote en 1883, y que por cuestiones circunstanciales se encuentra en las bodegas de la Smithsonian Institution, los que dieron una fecha de 1010 a 1020 d. C. (González Arratia, 2006: 60). En 2009 la doctora Josefina Mansilla, de la Dirección de Antropología Física del INAH —mediante la misma técnica del AMS— obtuvo dos fechas, de 970-1044 d. C. y 1030-1155 d. C. para dos muestras de hueso humano provenientes de la Candelaria.

Así pues, la cronología obtenida por medio del radiocarbono 14 para las tres cuevas nos habla de un periodo de cuando menos 400 años de uso como cementerios (entre los siglos IX al XII d. C.) dentro de la misma tradición de cuerpo flexionado, envuelto y amarrado en un manto tejido (en el caso de la cueva de la Paila envuelto en petate) y asociado con el mismo tipo de artefactos (figura 3).

El proceso de formación de las cuevas subterráneas: sus características y componentes

Según los geomorfólogos, las cavernas se forman debido a las corrientes de agua subterránea que circulan por el interior de las montañas de rocas sedimentarias, tales como las calizas, dolomitas, yeso, etcétera. El agua disuelve esos tipos de rocas y provoca la

Artefactos arqueológicos	Candelaria	La Paila	Coyote	Lugar de los Sepulcros
Astas de venado	x	x		
Atlatl	x		x	x
Arco	x			
Canasto	x	x	x	
Calabazo		x	x	
Caracoles y concha	x	x		
Collares y brazaletes de concha, semillas y hueso.	x		x	x
Segmentos de cordón de diferente grosor	x		x	x
Cuchillo de piedra emangado.	x	x	x	
Cuna	x		x	x
Estera grande de segmentos de varas muy angostas cosidas entre sí.	x			x
Faldillas de pastos y/o cordones	x		x	
Flechas, astas y anteastas	x			
Fragmento de madera		x		
Instrumentos de hueso. Lezna	x		x	
Manto tejido	x		x	x
Palo conejero	x		x	
Palo escarbador	x		x	
Petate de diseño diagonal sin pintar	x		x	
Petate de diseño tipo cuadros	x		x	
Petate diseño diagonal decorado con pintura	x		x	
Fragmentos de piel	x		x	
Puntas de proyectil de piedra	x		x	x
Raspador emangado	x	x		
Sandalias	x	x	x	x
Yahual	x		x	x
Aguja de madera	x		x	

Fig. 3. Artefactos localizados al interior o exterior inmediato del bulto mortuorio

presencia de oquedades y agujeros; esto es lo que se denomina “cuevas subterráneas” (Zumberge, 1971: 150). En ocasiones existe una especie de túnel o tiro que comunica una o varias cámaras con el exterior.

Al menos cuatro de las cuevas subterráneas reportadas muestran características que se repiten, como se puede apreciar en los comentarios de los exploradores que las visitaron originalmente. Es el caso de Ávila, quien a mediados del siglo XIX describió la entrada a la cueva —por él denominada “Lugar de los Sepulcros”— como un profundo agujero que al final presentaba una serie de cámaras o cuartos. De hecho, él necesitó amarrar varias sogas para bajar por una especie de tiro y alcanzar el piso (Ávila, ca. 1845: 465-466).

En 1880, Edward Palmer descendió a la cueva del Coyote por un agujero, para lo que requirió, de acuerdo con su informe, de una larga cuerda para lograr acceder a una primera cámara. Además tomó nota de que se abría otra cámara bajo la primera (Palmer, 1880: 1).

Para llegar a la cámara de la cueva de la Candelaria fue necesario bajar por un tiro de nueve metros; en este caso, se empleó una escalera de mecate (figura 4).

Sitio	Medidas		
	Agujero de entrada (en metros)	Tiro (m)	Cámara (m)
Lugar de los Sepulcros	7.50 x 4.17 m (agujero irregular)	16.7 m.	
Coyote	Sin datos	13.65 a 16.38 m	8.36 a 12.54 m ²
Candelaria	1.22 m	9.0 m. de largo	9 m. largo 10 m. altura

Fig. 4. Medidas de los componentes de las cuevas: agujero, tiro, cámara.

Al tocar piso, los arqueólogos se encontraron con un espacio que denominaron “cámara principal”, la cual contenía innumerables bultos mortuorios enredados en un manto y fue en ella donde se concentró la exploración. Por su parte, el geólogo Maldonado-Koerdell (1956) deja constancia de la existencia de “muchas” otras cámaras que no se trabajaron, porque no mostraban restos arqueológicos en superficie.

En todos los casos, los exploradores mencionan la presencia en el suelo de grandes rocas desprendidas del techo y paredes, las que en ocasiones cayeron sobre los propios bultos mortuorios, dañándolos total o parcialmente, como en el caso de la Candelaria (Avelleyra *et al.*, 1956). De hecho, durante las temporadas en que se trabajó esta última cueva siempre existió el temor de que otras rocas se desprendieran del techo y ocasionaran un accidente. Martínez del Río asentó

en su recuento de la primera temporada de campo que “Los trabajos en el interior de la cueva resultaron difíciles [...] y no solamente difíciles sino a veces muy peligrosos debido a la inestabilidad de muchas de las grandes rocas, que evidentemente se habían desplomado en diversos momentos y amenazan hacerlo de nuevo por cualquier motivo” (Martínez del Río, 1953b: 187).

También hace hincapié sobre la oscuridad de la cueva. Para contrarrestar esta situación fue necesario bajar una planta de luz para alumbrarse artificialmente y menciona la gran cantidad de polvo que se levantaba tan sólo al caminar o recoger los artefactos del suelo, al grado de que en ocasiones, aun con luz artificial, se dificultaba la visibilidad y la respiración (Martínez del Río, 1953b: 187).

Resumiendo, las características naturales de las cuevas subterráneas arqueológicas arriba mencionadas son las siguientes:

1. El suelo es de roca maciza.
2. Sobre éste se distribuyen rocas sueltas grandes y pequeñas, desprendidas del techo y paredes por eventos naturales.
3. Existe una gran cantidad de polvo fino sobre el suelo.
4. La oscuridad es total y la ventilación mínima.

Sobre este último punto cabe mencionar que Arturo Romano y Francisco González Rul permanecían trabajando varias horas en el interior de la cueva de la Candelaria, respirando “una atmósfera de una fetidez apenas mitigada por los desodorantes y producida por la defectuosísima ventilación, el guano y la descomposición de las materias orgánicas” (Martínez del Río, 1953b: 187).

Interpretación de la cueva subterránea

Para plantear una interpretación hipotética relacionada con la cueva y una simbología tentativa, me apoyo en investigaciones realizadas por estudiosos de códices y otros documentos, en los cuales se representan los grupos indígenas que salieron del norte de México para establecerse en el Altiplano central, y las características de los numerosos cerros que aparecen asociados con ese recorrido. Dos ejemplos son la *Tira de la Peregrinación* y los *Anales de Cuauhtinchan. Historia tolteca chichimeca*. Esta última muestra la utilización de las cuevas subterráneas, aunque los expertos en códices no lo han mencionado.

Por otra parte, de las cuevas mortuorias subterráneas de la Comarca Lagunera de Coahuila se han obtenido una variedad de artefactos arqueológicos, muchos de ellos representados en los mencionados

códices. O sea que existe una coincidencia en el uso práctico y simbólico de los artefactos tanto entre los habitantes del desierto, como entre los mesoamericanos. Al entrecruzar los datos aparecen las coincidencias entre ambos. Por ejemplo, los restos arqueológicos de las cuevas subterráneas de La Laguna dan cuenta de la presencia, en primer lugar, del bulto mortuorio enredado y amarrado y de objetos como arco, flecha, red con aro de madera para cargar, palos para encender el fuego sagrado (palo cilíndrico que se coloca dentro de uno de varios orificios que presenta a lo largo de un madero rectangular), puntas de proyectil Toyah, bolsa de mano de red con estructura de madera, entre otros (figura 3); tales elementos aparecen también en los códices mencionados. En consecuencia, me parece adecuado recurrir a la información que proporcionan tales documentos —particularmente los que se refieren a los chichimecas—, así como a la interpretación de los mismos por parte de los especialistas, para desentrañar el significado de la cueva mortuoria subterránea de La Laguna o, en general, del desierto de Chihuahua.

El contenido arqueológico de las cuevas: el bulto mortuorio y artefactos que lo acompañan

En el caso que nos atañe, el elemento diagnóstico para definir el tipo de contexto arqueológico es la presencia de cadáveres. La principal característica —y la primera evidente para el observador— es el hecho de que todos los cadáveres descritos mostraban una posición flexionada, envueltos en un manto tejido en telar y decorado con líneas de color café oscuro y crema. Lo anterior implica el uso de fibras teñidas, como en el caso de las cuevas del Coyote, el Lugar de los Sepulcros; sierra Mojada y la Candelaria. Estos fardos se amarraron finalmente con bandas o cuerdas para que los cadáveres mantuvieran la posición flexionada.

Adentro de los bultos y junto al cadáver se encontraron objetos pequeños: collares, pulseras, sandalias, faldillas, bolsos, navajas enmangadas, fragmentos de piel de venado y otra parafernalia. Por fuera del bulto mortuorio y a un lado o debajo de éste se depositaron los artefactos grandes tales como arcos, canastos y las bases de las cunas de madera, así como petates. A manera de división, entre los bultos, y debajo de los mismos, se dispusieron hojas de nopal y de agave, para evitar que se tocaran unos con otros (figura 3).

Por lo que respecta a los restos óseos humanos, los estudios de antropología física indican que en el caso de las cuevas del Coyote y de la Candelaria, los

esqueletos correspondían tanto a hombres como a mujeres y niños (Palmer, 1880; Studley, 1884: 237; Romano, 2006; Mansilla *et al.*, 2006).

Los datos anteriores permiten sugerir que existía un patrón regular y homogéneo respecto de:

1. La selección del tipo de cueva designado como cementerio o sea, una cueva subterránea.
2. La posición de los cadáveres (flexionados).
3. El ajuar asociado a los cadáveres.
4. Una representatividad en cuanto a sexo y edad, lo que me permite sugerir la existencia de una relación de parentesco entre los difuntos ahí depositados.

La utilización de las cuevas subterráneas

Una de las características arqueológicas de las cuevas subterráneas es su reiterada utilización a lo largo del tiempo, como puede deducirse por la cantidad de cadáveres acumulados. De las cuevas que aquí documento, la que menos bultos mortuorios contenía da cuenta de cuando menos veinte cuerpos, es decir, se trataba de inhumaciones múltiples.

El documento de Fernando Ramírez 1903 [1838] menciona la presencia de mil cuerpos. Mientras que Ávila, en 1845, se impresionó con la gran cantidad de bultos mortuorios que encontró en una sola cámara del “Lugar de los Sepulcros”. No menciona cantidad, pero agrega un adjetivo: “muchos” (Ávila, *ca.* 1845: 6). Edward Palmer reporta seis bultos mortuorios cerrados, pero en su informe de 1880, relacionado con su exploración de la cueva del Coyote indica que su guía, quien había descubierto esta cueva quince años antes, en 1865, observó la presencia de “una gran cantidad de bultos mortuorios colocados de manera ordenada, uno junto a otro —lado a lado—, los niños entre los adultos, cada uno envuelto en sus cobijas [mantos] con sus ‘baratijas’ y amarrados con bandas tejidas” (González Arratia, 2006: 32). En la cueva de la Candelaria existe evidencia de cuando menos 113 individuos (Romano, 2005: 27), pero Aveleyra señala que cuando terminaron su exploración, quedaron *in situ* aproximadamente cien más (Aveleyra *et al.*, 1956). Así pues, la utilización de las cuevas subterráneas implicaría necesariamente el regreso a las mismas en diferentes ocasiones, para depositar los cadáveres preparados de la misma manera.

En ningún caso se cubrió el cuerpo con tierra o rocas, sino que todos se depositaron de manera ordenada sobre el suelo de la cámara y unos sobre otros. El testimonio de Martínez del Río en relación con la cueva de la Candelaria es el siguiente: “Romano y González Rul [...] hallaron a los bultos muy destruidos

por la descomposición pero colocados unos encima de otros hasta donde lo admitía el terreno y separados por ramas, artefactos de madera, pencas de nopal y pedazos de palma”. El hecho de que no se cubrieran con tierra ni con piedras supondría que las personas encargadas de realizar la disposición de los cadáveres se confrontarían con un espectáculo de cuerpos en descomposición, en un lugar cerrado y oscuro, lo cual debió haber sido impresionante e intimidante a la vista y al olfato. En la Candelaria se utilizaron máscaras para mitigar los fuertes olores, pero aun así, como se refirió líneas atrás, se respiraba una atmósfera fétida y mal ventilada (Martínez del Río, 1953b: 187).

Así pues, la evidencia documental y arqueológica me permite afirmar que en el pasado prehispánico el tratamiento de los muertos en las cuevas subterráneas de la Comarca Lagunera se llevó a cabo de una manera organizada, sistemática y repitiendo el mismo patrón de disposición de los muertos a lo largo de siglos (tomando en cuenta los fechamientos que indican una antigüedad, al menos en la cueva de la Candelaria, de cerca de trescientos años), lo que significa que se regresó al mismo espacio mortuorio reiteradamente por generaciones; a partir de ello se concluye que compartían una misma tradición y relaciones de parentesco.

Lo anterior da lugar a que se plantee la hipótesis de que los cadáveres estarían representando a los miembros de una familia extendida —hijos, padres, abuelos, bisabuelos, etcétera— y, por ende, el cementerio podría indicar una forma de expresar el culto a los ancestros.

El ritual mortuorio

Los estudios etnográficos indican que, para toda sociedad tradicional, el evento de la muerte conlleva la realización de un ritual específico que implica una preparación del cadáver para que el individuo muerto acceda al más allá. Este ritual, según mi hipótesis, inicia con la selección del lugar donde se depositará el cadáver y la realización de una serie de actividades, encaminadas a reafirmar y fortalecer la relación del muerto con el grupo social al que pertenece.

El espacio donde descansan los restos mortuorios es tan importante que Guidieri (1986) afirma que en las sociedades tradicionales “la tierra habitada [la tierra donde acontece la vida cotidiana de los vivos] se orienta y se organiza en torno a los parajes mortuorios”.

Para abordar el problema de la disposición de los muertos entre los indígenas prehispánicos del desierto de Chihuahua en general, y de la Comarca Lagunera en particular, me parece conveniente dividir en tres etapas las actividades prácticas realizadas por

las sociedades vivas a fin de dar cumplimiento al ritual mortuorio:

1. La preparación del cadáver.
2. El transporte del mismo desde el lugar de preparación —presuntamente el campamento habitacional, en el caso de las sociedades cazadoras recolectoras del desierto— hasta el cementerio.
3. La disposición del cadáver en el sitio que quedará sellado y separado de la sociedad viva, en este caso, la cueva subterránea (González Arratia, 2002: 60-63). Sin embargo, la presente investigación indica la necesidad de agregar dos actividades más con connotaciones rituales y que anteceden las actividades anteriores.
4. La búsqueda y selección del espacio físico que fungirá como cementerio.
5. La adecuación del mismo como depósito de restos funerarios.

La cueva mortuoria subterránea como metáfora del regreso al vientre materno y el camino al lugar de los ancestros

Aun para la percepción moderna, una cueva subterránea es algo especial. Un científico que explora ese tipo de cuevas así lo afirma: “Una cueva es un ambiente tan diferente que es casi como ir a otro planeta” (Hadingham, 2002). Y seguramente los antiguos pobladores prehispánicos consideraron las cuevas subterráneas como otro universo —el que respondía a los planteamientos derivados de su cosmología—, por ello las buscaron, encontraron y exploraron cuidadosamente antes de decidir cuál reunía las características que el ritual exigía para convertirlas en un cementerio. Dado que los cementerios se consideran como lugares sagrados, una vez seleccionada la cueva subterránea seguramente se la preparó —física y ritualmente— para albergar los cadáveres de una comunidad determinada.

En virtud de que las cinco cuevas descritas fueron localizadas en el desierto, podría esperarse que tales comunidades fueran de cazadores-recolectores-pescadores de esa región (González Arratia, 2014: 71-75), o bien, agricultores de los valles inmediatos al desierto en la ladera oriental de la sierra Madre Occidental, regados por el río Nazas o el río Aguanaval (González Arratia, 2014). Se podría decir que este tipo de panteón subterráneo representa una arquitectura funeraria natural, que simbolizaría el punto donde termina el ciclo de vida del ser humano e inicia el ciclo del espíritu.

Los estudiosos de los códices indican que el cerro con cuevas era considerado por los antiguos mesoa-

mericanos como un “monte sagrado”, y una de las funciones de esas cuevas, mas no la única, según López Austin y López Luján, era la de ser “morada de los muertos”, en tanto estén presentes dos de sus características: la oscuridad y el agua (2011: 124). En el *Códice Florentino*, citado por los mencionados autores, se indica al respecto que “fueron a yacer a la cueva del agua, fueron a yacer en el mundo de la muerte” (López Austin y López Luján, 2011: 121). La cueva se convierte, pues, en el umbral para ingresar a este mundo, umbral representado en ocasiones por un “hoyo circular” (p. 122). Como antes he argumentado, ese último elemento, además de la oscuridad y el agua, se encuentra en las cuevas subterráneas ya descritas. Si a sus características físicas se le añade el(los) cadáver(es) flexionado(s), es posible concluir que los habitantes de la región, quienes durante siglos dispusieron de sus muertos en este tipo de cueva, podrían tener creencias semejantes.

Para diferentes etnólogos, la selección y preparación de un lugar sagrado formaría parte de las obligaciones de un especialista como el chamán, y añaden que un contexto mortuorio tiene múltiples significados (Fried y Fried, 1980: 14), subrayando el hecho de que “los rituales de muertos proporcionan los modelos más variables si se les compara con otras ceremonias” (Fried y Fried, 1980: 20). Ésta es una afirmación válida en relación con la arqueología del desierto, pues en esa región se practicó tanto la cremación y el enterramiento al aire libre como la disposición en superficie de los muertos sobre el piso de cuevas o abrigos abiertos cubriéndolos con piedras o enterrándolos. En estos casos, la disposición del cuerpo se llevó a cabo indistintamente en posición flexionada o extendida; pero en los cementerios aquí estudiados los cadáveres estaban siempre flexionados. Al respecto, Romano comenta sobre los bultos mortuorios de la Candelaria: “La posición del cuerpo es fetal en todos; durante la exploración no se encontró ninguno en posición extendida, al contrario de lo que acontece en otras localidades” (1953: 7).

Descubrir una cueva subterránea es una tarea ardua. Implica una mayor inversión de tiempo, energía, y conlleva una mayor dificultad que encontrar una cueva abierta, pues no se observa a la distancia. Es necesario caminar por uno o varios cerros para encontrarlas, por ello surge la pregunta: ¿por qué la comunidad se toma este trabajo extra? Posiblemente porque su ubicación física (subterránea) permitía realizar una correlación más puntual entre la cueva y el vientre materno, por lo que correspondería con mayor precisión a las necesidades del ritual que la sociedad del desierto de los siglos X al XIII d.C. practicaba (que la cueva abierta en superficie) y tentativamente

incluiría la presencia de corrientes subterráneas cercanas a la cámara subterránea, interpretadas como caminos que conducen al lugar donde se localizan los parientes muertos, o sea, los ancestros.

En ambos casos se trata de una metáfora, concepto que se ha definido como una analogía entre dos objetos o ideas, y por medio de ella se afirma que dos cosas aparentemente diferentes son la misma en esencia, lo cual permite conectar lo que de otra manera sería imposible de relacionar. “La metáfora es, en su forma más simple, una manera de pasar de lo conocido a lo desconocido. Es una manera de conocimiento en la cual las cualidades que identifican a una cosa son transferidas de forma instantánea y casi inconsciente a otra cosa que es ignorada por nosotros debido a su desconocimiento o complejidad” (Turner, 1974: 25). Con ello proporciona un sentido del orden, y todo parece indicar que se aplicó en el caso de la cueva subterránea y el vientre materno.

Existe amplia evidencia de que las sociedades prehispanicas del norte y del sur de México (Mesoamérica) veneraban las montañas y las cuevas (Limón, 1990; López Austin y López Luján, 2011). Ya se dijo que diferentes códices mexicanos relatan las migraciones desde el norte de México y muestran a los grupos humanos como cazadores recolectores asociados a las montañas y a sus cuevas —ambas identificadas como un lugar de culto—, y a los sacerdotes cargando un bulto mortuorio a sus espaldas. La arqueología del desierto, por su parte, demuestra que las cuevas, abrigos y nichos abiertos fueron elegidas para depositar a los muertos, y también como habitación —no necesariamente cumpliendo al mismo tiempo ambas funciones—. Pero las cuevas subterráneas únicamente se usaron para funciones mortuorias; su forma y la posición en el cerro introducen factores de los que carecen las cuevas abiertas, como son: un ambiente oscuro y encerrado, a lo que se agregan una entrada circular, un túnel o tiro y la cercanía a corrientes de agua subterráneas. Tales son las características del “monte sagrado”, como ya se mencionó.

Dado que el espíritu del muerto debe emprender un viaje rodeado de peligros, la cueva subterránea podría estar representando el camino más corto que conduce a la corriente de agua que lleva a la tierra de los ancestros. En consecuencia, propongo que los antiguos habitantes del desierto, en un momento histórico determinado —entre los siglos IX y XII— establecieron una correlación entre el ritual mortuorio y el culto a los ancestros a partir de una ceremonia fúnebre que incluía seleccionar características específicas en la morfología y ubicación del recinto donde se depositaría el cadáver con el propósito de establecer las siguientes metáforas:

- a) Cadáver = feto
- b) Cueva subterránea = vientre materno
- c) Corriente de agua subterránea = camino al país de los ancestros

Bibliografía

Aveleyra Arroyo de Anda, Luis

1964 Sobre dos fechas de radiocarbono 14 para la Cueva de la Candelaria, Coahuila. *Anales de Antropología*, 1: 125-130.

Aveleyra Arroyo de Anda, Luis, Maldonado

Koerdel, Manuel, y Martínez del Río, Pablo

1956 *Cueva de la Candelaria*. México, INAH (Memorias, 5).

Ávila, José María

(ca. 1845) *Tres días de paseo. Álbum mexicano* (t. 1, pp. 465-468). México.

Beals, Ralph L., y Hoijer, Harry

1965 *An Introduction to Anthropology*. Nueva York, MacMillan.

Bancroft, Hubert Howe

1875 *The Works, The Native Races*, vol. IV. *Antiquities*, A. L. San Francisco, Bancroft and Company Publishers.

Fried, Martha Nemes, y Fried, Morton H.

1980 *Transitions. Four Rituals in Eight Cultures*. Nueva York, W.W, Norton & Company.

González Arratia, Leticia

1999a *La arqueología de Coahuila y sus fuentes bibliográficas*. México, INAH.

1999b *Museo Regional de la Laguna y la Cueva de la Candelaria*. México, INAH.

2002 Hunter-Gatherers of the Chihuahuan Desert in Mexico. En Janeth, Kelley, Joe D. Stewart, A. C. MacWilliams y Karen R. Adams (eds.), *Boundaries and Territories: Prehistory of the U.S. Southwestern Northern Mexico*. Phoenix, Arizona State University, 2002.

2004 La cultura del desierto y una de sus tradiciones simbólicas: el ritual mortuorio. En Hernán Salas Quintanal y Rafael Pérez-Taylor (eds.), *Desierto y fronteras. El norte de México y otros contextos culturales. V Coloquio Paul Kirchhoff* (pp. 367-386). México, UNAM.

- 2006 *La exploración de Edward Palmer en varias cuevas mortuorias en Coahuila en el siglo XIX*. México, INAH.
- 2008 Contributions of Walter W. Taylor to the Archaeology of Coahuila, 1937-1947. En Laurie D. Webster, Maxine E. McBrinn, y Eduardo Gamboa Carrera (eds.), *Archaeology Without Borders: Contact, Commerce, and Change in the U.S. Southwest and Northwestern Mexico* (pp. 373-383). Boulder, University Press of Colorado / Conaculta-INAH Chihuahua.
- 2014 La Laguna, punto de contacto entre las sociedades agricultoras de la Sierra Madre Occidental y los cazadores-recolectores del desierto. En José Luis Punzo y Marie-Areti Hers (eds.), *Historia de Durango* (pp. 50-77), Durango, Universidad Juárez del Estado de Durango.
- Guidieri, Remo**
1986 *La ruta de los muertos*. México, FCE.
- Hadingham, Evan**
2002 Scientists are Discovering that Caves More Complex than We Ever Imagined May Yield Vast Riches about the Origins of Life. *Smithsonian Magazine*, octubre. Recuperado de: <<https://www.smithsonianmag.com/science-nature/subterranean-surprises-69016547/>>, consultada el 25 de julio de 2018.
- Johnson, Irmgard Weitlaner**
1977 *Los textiles de la cueva de la Candelaria. Coahuila*. México, INAH (Científica, 51).
- Limón Olvera, Silvia**
1990 *Las cuevas y el mito de origen. Los casos inca y mexicana*. México, Conaculta.
- López Austin, Alfredo, y López Luján, Leonardo**
2011 *Monte Sagrado-Templo Mayor*. México, UNAM/INAH.
- Maldonado-Koerdell, M.**
1956 Geografía, vegetación y geología. En *Cueva de la Candelaria*. Vol. 1. México, SEP/INAH (Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia).
- Manzanilla, Linda**
1997 El concepto de inframundo en Teotihuacan. En Elsa Malvido, Grégory Pereira y Vera Tiesler (eds.), *El cuerpo humano y su tratamiento mortuorio*. México, CEMCA / Conaculta-INAH. Recuperado de: <<http://books.openedition.org/cemca/2517?lang=es>>, consultada el 1 de agosto de 2018.
- Martínez del Río, Pablo**
1953a A Preliminary Report on the Mortuary Cave of Coahuila, Mexico. *Bulletin of the Texas Archaeology Society*, 24: 208-252.
1953b La cueva mortuoria de la Candelaria, Coahuila. *Cuadernos Americanos*, 4, julio-agosto: 177-204.
- Palmer, Edward**
1880 Notes on the Coahuila Caves (mecanoescrito). Massachusetts, Biblioteca Alfred Tozzer/Museo Peabody.
1882 Mexican Caves with Human Remains. *American Naturalist*, 16: 306-311.
- Ramírez, José Fernando**
1903 [1838] Carta del lic. don José Fernando Ramírez referente a unas antigüedades del estado de Coahuila. *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 7, época 1: 459-461.
- Romano, Arturo**
1953 Informe preliminar: La cueva de la Candelaria en el valle de las Delicias. *Tlatoani*, 2ª ép., 7: 4-12.
- Romano Pacheco, Arturo**
2005 *Los restos óseos humanos de la cueva de La Candelaria, Coahuila*. *Craneología*, México, INAH.
- Studley, Cordelia**
1884 Notes upon Human Remains from Caves in Coahuila, Mexico. En *Sixteenth and Seventeenth Annual Reports of the Trustees of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology* (vol. III, núms. 3-4, pp. 233-259), Cambridge, Peabody Museum.
- Taylor, Walter W.**
1966 Archaic Cultures Adjacent to the Northeastern Frontiers of Mesoamerica. En *Handbook of Middle Americans Indians. Archaeological Frontiers and External Connections* (pp. 59-94), Austin, University of Texas Press.
- Turner, Victor**
1974 *Dramas, Fields, and Metaphors. Symbolic Action in Human Society*. Itaca, Cornell University Press.
- Zumberge, James H.**
1971 *Geología elemental*. México, CECSA.